

HARRY HARRISON

Y ROBERT SHECKLEY

BILL, EL HÉROE GALÁCTICO

EN EL PLANETA DE LOS CEREBROS EMBOTELLADOS



Grandote, fortachón, encefalograma plano: el ejército hizo de Bill el perfecto soldado de las galaxias, el perfecto peón de la épica lucha entre la cultura y la civilización terráqueas y todos los imperios del mal (son muchos) del universo, el perfecto fantaseador sexual y el perfecto aspirante a la muerte por cirrosis alcohólica. Pertrechado con dos brazos derechos —el que cuelga de su hombro izquierdo es negro, rescatado, tras la muerte de un camarada, por un cirujano militar poco escrupuloso—; un glorioso colmillo procedente del más sanguinario de los muy sanguinarios instructores de reclutas, y de un pie (o una sucesión de pies, todos insatisfactorios: ¿quién va a molestarse en buscar buenos pies a los soldados rasos?) en sustitución del que se había volado; no puede decirse que Bill hubiera triunfado en la vida, incluso procediendo de una granja. Pero el destino, siempre misericordioso con los más brutos, le iba a deparar las más estupendas, indeseables y emocionantes pruebas...

EN EL PLANETA DE LOS CEREBROS EMBOTELLADOS En esta segunda entrega de sus dramáticas aventuras la autoridad competente ordena a Bill que se presente voluntario a una misión: destruir en el planeta Tsuris un misil que amenaza al Imperio. Los habitantes de Tsuris, de muy peculiar aspecto, tienen un problema, y es el de encontrar cuerpos para introducir en ellos su excelente colección de cerebros. No es que el de Bill valga gran cosa, pero éste le tiene aprecio y, por tanto, tiene que tratar de huir...

1

—REUNIOS EN TORNIO A MÍ, AMIGOS —DIJO NARIZPADA A TRAVÉS del altavoz que le había robado al sargento de instrucción. El circuito integrado hacía que su voz sonase grave y repulsiva, igual que la del sargento—. Ha llegado el acontecimiento que todos habéis estado esperando: la inauguración del nuevo pie de Bill, que crece cual un retoño de pie implantado. Sólo diez talegos vale la entrada para ver este único y posiblemente vomitivo acontecimiento.

El barracón en el que el acontecimiento iba a tener lugar se llenaba rápidamente. La mayoría de los soldados de Campo Diplatorio querían ver la inauguración del nuevo y tierno pie de Bill. Dicho tierno retoño de pie había sido implantado en el muñón de Bill tres días antes, en el satélite médico BRIP 32, situado en In Útil. Después de la implantación, Bill había sido trasladado en una nave a Diplatorio, el gran asentamiento militar del planeta Herrmana. Allí tuvo que esperar durante muchos días antes de poder desvelar su trasplante. Los vendajes con control temporal aseguraban que seguiría las órdenes facultativas. Había habido problemas con este tipo de vendas, pero Bill, afortunadamente, no tuvo ninguno, al menos hasta donde él sabía.

Los cincuenta mil soldados espaciales estacionados en Campo Diplatorio, no tenían muchas cosas que hacer. El campo estaba instalado en unas cincuenta hectáreas de te-

rreno semisumergidas en el centro de Ciénaga Atroz, la mayor y más mojada marisma del planeta Herrmana. La razón por la que se construyó en medio de una ciénaga era un misterio. O quizá no lo era. Algunos decían que era un accidente, probablemente causado por el Cuartel General de Helior. Otros decían que el emplazamiento había sido deliberadamente escogido, porque las condiciones duras hacían hombres fuertes, siempre que no los mataran antes. O los volvieran locos.

—Y en el caso de que ocurra esto, hay más en el sitio del que éstos vinieron.

Ese era el lema de los Asesinos Gritones del Espacio Profundo de la 69 unidad de combate, la unidad a la que Bill estaba destinado en aquel momento.

—Quítate ya la venda —dijo Kanarsie—. Echémosle un vistazo.

Bill miró a su alrededor. La barraca estaba llena. A diez talegos por cabeza, que Narizparda estaba recogiendo en la puerta, Bill calculó que tendría suficiente como para comprarse unas botas de combate nuevas. La velocidad a la que acumulaba operaciones de pie lo hacía necesario, ya que el ejército se negaba a pagarle constantemente dinero para cambiar de botas cuando éstas ni siquiera estaban gastadas, o porque no se adaptaban a la repugnante forma de su pie vendado.

Narizparda le hizo entusiásticas señas para indicarle que podía comenzar. Aquel muchacho mostraba un gran ánimo por todo, era amable, reverente y obediente, y siempre quería ayudar a sus compañeros. Todo eso es contrario a las costumbres de los soldados y por lo tanto, motivo de que todos le odieran y le llamaran Narizparda. A Bill le gustaba porque le recordaba a Eager Beager, que actuaba de la misma forma. Aunque, por supuesto, este último había sido un espía chinger, y también un robot.

—Allá voy —dijo Bill cogiendo el vendaje. Sonó una alarma y un golpe de corriente le picó los dedos—. ¡Auuu-

uh! Parece que aún no es la hora. —El vendaje ululó roncamente y al fin se soltó—. Ya lo es —dijo y quitó una vuelta de vendas, lo que hizo que todos los espectadores se inclinaran hacia delante. Emitieron un suspiro colectivo cuando Bill quitó la segunda capa. Los rostros de todos ellos se encendieron y manifestaron nerviosismo, las respiraciones se convirtieron en rápidos jadeos, cosa extremadamente incómoda, y podía verse cómo algunos se retorcían inquietamente los dedos mientras Bill se quitaba la tercera capa de vendas. El pie de Bill no era precisamente un espectáculo como para agotar las localidades, pero en un sitio tan aburrido y húmedo como aquel, incluso una pelea de cucarachas era un acontecimiento de la envergadura de las luchas de mujeres en el barro.

El entusiasmo, o lo que fuera aquello, alcanzó su cima febril cuando los cerca de ochenta soldados, vigorosos y llenos de cicatrices, de bajo rango y de más bajo coeficiente intelectual, que se hallaban en el barracón prefabricado y lleno de humo, se inclinaron hacia delante parpadeando en el momento en que Bill se quitaba la cuarta y última capa del vendaje.

Ustedes pensarán, por supuesto, que Bill fue el primero en echarle una mirada a su pie nuevo ya que, después de todo, era suyo. Pues, mira por dónde, se equivocan, ya que Bill miró supersticiosamente hacia otro lado cuando retiró completamente el vendaje. Había estado teniendo extrañas sensaciones en ese pie durante el último día.

Miró a los soldados allí concentrados que le rodeaban y que tenían los ojos pegados a su pie.

La multitud emitió un sonido que se parecía a una risa disimulada. Aquello era extraño, y no lo que Bill había esperado, desde luego. Acto seguido, todos se echaron a reír. Una risa apreciativa, nada cortés, y que no era precisamente lo que uno esperaría con ocasión de la inauguración de un tierno pie, pero fuerte; era el tipo de risa jua-jua, pe-

sada, que en los espectáculos de variedades provocan las bromas gastadas al público.

Bill dirigió la vista hacia abajo. Luego la desvió. Luego volvió a mirar hacia abajo, se estremeció, consideró la posibilidad de volver a desviarla, se rehizo y miró.

—Sabes, Bill —dijo Kowalsky—. Yo pensaba que esta inauguración de tu pie iba a ser una farsa barata; plantas un retoño de pie y obtienes un pie, ¿correcto? Incorrecto. Bill, quiero darte las gracias. Es lo mejor que he visto desde que le arrojamos una granada de fragmentación al OC.

Bill estiró, a modo de experimento, los dedos acabados en garras.

—Parece funcionar bien —dijo.

Tenía que funcionar bien, pero hubiera funcionado mejor en un caimán, dado que lo que ahora estaba creciendo al final del tobillo de Bill era un hermoso pie de caimán, verde, escamoso y con abundantes garras.

¿Qué habían hecho esos médicos? ¿Estaban acaso experimentando, intentando convertirle en un reptil? Él los creía capaces. Hasta hace poco había tenido por pie una pata enorme de pollo mutante, por lo que sabía que cualquier cosa era posible. Probable, en el ejército. El pie que tuvo después era bonito; quizá con demasiados dedos, pero no había nada malo en ello, y él lo había disfrutado realmente hasta que se marchitó y cayó.

«Este que tenía ahora era un pie pequeño y verde, pero manejable; probablemente crecería hasta alcanzar un mayor tamaño. Sería la envidia de cualquier caimán que pasara por allí», pensó Bill sombríamente. No se detuvo a considerar el milagro que suponía que el hombre tuviera capacidad de hacer algo así. Era un acto genial a todos los niveles, quizá un poco inútil, pero genial al fin y al cabo. Sin embargo, esto se le escapaba a Bill quien, como muchos antes que él, estaba furioso.

2

BILL CAMINABA PISANDO FUERTE POR EL PASILLO, ESCORADO ligeramente hacia la izquierda a causa de su nudoso pie izquierdo dotado de garras. Su nuevo pie de caimán aún no había crecido del todo, por lo que entre éste y el pie derecho había más de tres centímetros de diferencia. El pie en sí era perfectamente sano y capaz de soportar el peso de su dueño. Sin embargo, las garras arañaban el suelo cuando caminaba.

El inmediato destino de Bill era un pequeño cubículo del nivel 12 del salón principal de la base. Llegó allí casi sin aliento, debido a que caminar con un pie de caimán provisto de garras exige práctica antes de que uno pueda hacerlo con suavidad.

El cubículo tenía tres metros y medio de ancho, y estaba dividido en dos partes, una destinada a recepción y sala de espera, y la otra a albergar la computadora. La base militar de Herrmana estaba dirigida por una computadora Quintiforme que no era un último modelo, aunque uno creyera que era tan buena como si lo fuera, al menos casi.

Bill entró y tomó asiento en una silla de la sala de espera. Era la única persona allí; aquello era insólito, dado que la computadora solía tener una cola de gente que esperaba para consultarla.

Aún no había acabado de sentarse cuando una voz metálica llena de vibrato le dijo: —Hola, soy la computadora

Quintiforme. Por favor, pase al interior y presente su placa de identificación.

Bill hizo lo que le decían. La sala interior de la estación de computación estaba pintada de amarillento computadora. Había montones de interruptores y cuadrantes en las cuatro paredes, al igual que altavoces emplazados en lo alto, uno de los cuales estaba emitiendo un programa de sambas.

Bill presentó su placa de identificación; la Quintiforme siseó y chasqueó con aprobación.

—Bien, Bill —dijo—. ¿Cuál parece ser tu problema?

—Los médicos de pies del satélite médico Asclepio me hicieron un implante de retoño de pie —explicó Bill—. ¡Y mira lo que me ha crecido!

La Quintiforme sacó un pseudópodo con un parpadeante ojo de vidrio en la punta, e inspeccionó el pie de Bill.

—¡Guau! —dijo la computadora, y comenzó a reírse sofocadamente.

—No es cosa de risa —dijo Bill—. Y de todas formas, se supone que los robots no se ríen.

—Discúlpame —dijo la computadora—. Sólo estaba intentando hacer que te sintieras cómodo. Ahora bien, supongo que lo que quieres es que los médicos te implanten otro pie que haga juego con el de las garras.

—¡No! Quiero dos pies humanos normales, como los que tenía cuando empecé.

—Ah, por supuesto —dijo la computadora. Zumbó y rechinó durante algún tiempo, tal vez recorriendo sus bancos de memoria en busca de la correcta solución para el problema de Bill. Después de un rato, volvió a hablar—. Ve a la sala 1223-B del nivel cardenillo, sección vector-vector 2, y ellos te lo arreglarán.

Encontrar el camino en aquella base no era nada fácil, dado que la estructura principal tenía las dimensiones de una ciudad de tamaño medio y abarcaba más de tres mil habitaciones, salas de tortura, lugares de reunión, dispen-

sarios de anticonceptivos, cafeterías de inyección intravenosa, almacenes y cosas por el estilo, esparcidos por diez niveles diferentes. Se sabía que algunos soldados habían estado perdidos en el interior durante días, dando vueltas. De hecho, siempre que se transitaba por la instalación, se veían soldados durmiendo sobre pilas de ropa de camuflaje en las intersecciones. Era del dominio público, que para desplazarse por la base convenía llevar provisiones y una cantimplora llena de agua, no importa a donde se dirigiese uno. En el momento en que Bill partía en aquella dirección, se detuvo junto a él un vehículo del tamaño de un carrito eléctrico de golf.

—Hola, Bill —dijo la caja de voz del carrito de golf—. La computadora me ha enviado para que te transporte a tu destino. ¿Quieres una copa? Nada es demasiado para nuestros muchachos uniformados.

Bill pensó que el carrito de golf se mostraba, decididamente, demasiado simpático. Sin embargo, subió a él. Era mucho mejor que recorrer a pie los interminables kilómetros que tenía que cubrir para llegar a la sala 1223-B.

Se deslizaron rápidamente por los corredores de color oliva amarillento, mientras el carrito de golf tarareaba para sí mismo una alegre tonadilla. Atravesaron los departamentos de mantenimiento y comunicaciones, hacia una sección denominada planificación.

—Esto no tiene el aspecto de una sección médica —dijo Bill. —No te preocupes por eso —le contestó el carrito de golf—. Yo sé a donde ir.

Subió por una rampa, giró hacia el final de un corredor, y se dirigió a una puerta que estaba al otro extremo. Bill se estremeció porque el carrito de golf había tomado velocidad y la puerta estaba cerrada. Se agachó en el asiento mientras el carrito se lanzaba contra ella. Bill cerró los ojos y se cubrió la cabeza con las manos. Cuando volvió a mirar, estaban ya al otro lado de la puerta que se había abierto

mediante algún sistema de célula fotoeléctrica y ahora volvía a cerrarse.

Se hallaban en una especie de salón de oficiales, que había sido acondicionado para que tuviera aspecto de antigua taberna estilo terrícola. Había lámparas de Tiffany y muebles oscuros hechos con plástico genuino. Había una barra con camareros de camisa blanca trabajando detrás. Había una máquina de discos en la que ahora sonaba rock clásico tocado con falsos instrumentos originales antiguos como sintetizadores y guitarras eléctricas, algunos de los cuales tenían aspecto de contar muchos cientos de años de antigüedad, aunque probablemente habían sido fabricados la semana anterior. Había alrededor de una docena de oficiales de ambos sexos, presentes en el lugar. Todos tenían copas en la mano. Todos aplaudieron cuando el carrito de golf entró en la sala a toda velocidad, describió un círculo perfecto en el centro y se detuvo.

—Discúlpeme —dijo Bill—. ¿Es esta la sección médica?

Aquello provocó una buena ronda de fuertes risotadas. Los hombres se reunieron en torno a Bill y le felicitaron por su ingenio. Una mujer, una mayor, nada menos, de lanoso pelo rubio, nariz impertinente y gigantes tetas, se le sentó en el regazo y le besó sonoramente. Alguien le preguntó qué deseaba beber. Bill estaba tan desconcertado que sólo dijo sí. Así que le trajeron el estribo,^[1] una copa llena con una mezcla de la bebida alcohólica del día. El sabor del ron era el dominante, así como un cierto gustillo a caballo proveniente del estribo. Bill lo vació agradecido, pues había aprendido a no mirar nunca la copa de un trago regalado.

La dama con el grado de mayor que le había besado, se levantó de su regazo y se le metió en la cara. Con la nariz a no más de un milímetro de la de Bill, le miró larga y profundamente. Luego dijo, con una voz apasionada de erres ligeramente agüiscadas:

—Eres exactamente como imaginaba que eras.

—Bueno —dijo Bill—. Intento.

—Qué observación tan acertada —le murmuró un coronel a otro.

—Obviamente, es un tipo inteligente —dijo un coronel de cabellos blancos que aparentemente era el oficial de mayor graduación—. Que alguien le traiga un puro. Y basta de esa bebida infecta; servídle un poco de ese buen coñac que liberamos durante el saqueo de la base central después del ataque.

Con el puro en una mano, el coñac en la otra y una sonrisa de satisfacción en el rostro, Bill no estaba preparado para la siguiente pregunta.

—Dime, Bill —preguntó un mayor con rostro taimado, en cuyo hombro destellaba el signo de interrogación cruzado de la dirección de Inteligencia 2—. ¿Qué piensas de la situación tsurisina?

—¿Tiene eso algo que ver con la situación del servicio médico de aquí? —preguntó Bill—. Porque si es así, tengo una protesta que presentar.

—Mí querido compañero —dijo el mayor de rostro taimado—. ¿No has estado hace poco en el planeta Tsuris?

—Llevo aquí sólo tres días, señor —dijo Bill, bebiendo profusamente de su vaso para ahogar sus sospechas respecto a toda aquella amabilidad de la oficialidad. En el fondo él sabía que aquello no era natural. Pero todavía más al fondo quería ponerse ciego con una buena bebida.

—¿Y qué has estado haciendo durante el tiempo que llevas aquí? —Mayormente, criando un pie nuevo —dijo Bill—. Eso es sobre lo que quiero consultar...

—Ya tendremos tiempo para eso más tarde —dijo el mayor—. Tsuris es un planeta que no está muy lejos de aquí. A veces la gente se refiere a él como el planeta misterioso.

—Ah, claro, he oído hablar de él —dijo confusamente Bill a través de la creciente niebla alcohólica—. Ese es el sitio que transmite los extraños mensajes de radio, ¿verdad?

El mayor explicó que la base militar de Herrmana había recibido la orden de aclarar qué ocurría en Tsuris, un planeta cercano de considerable misterio. Se sabía poco o nada acerca de él. No se había conseguido tomar ninguna fotografía decente a través de la espesa capa de nubes. Había aberturas en ella, y aparentemente el planeta recibía mucha luz solar. Pero cuando las naves de investigación militar maniobraban para tomar fotografías a través de las aberturas, éstas se cerraban antes de que pudieran ponerse en posición.

—Eso es extraño —dijo Bill—. Casi como si alguien lo estuviera controlando, ¿eh?

—Exactamente. Tómate otra copa —dijo el mayor—. Como bien has dicho, de Tsuris parecen salir mensajes radiales, pero que nunca tienen sentido. Sin embargo, lo peor del caso es que se sabe que algunas naves que viajaban por la vecindad de Tsuris, se han desvanecido para reaparecer a millones de kilómetros de distancia sin explicación alguna de cómo habían llegado hasta allí.

—Suenan como un buen lugar del que mantenerse apartado —dijo Bill con alcoholica sinceridad, asintiendo y bebiendo al mismo tiempo, lo que no le dio muy buen resultado.

—¡Ah, si eso fuera posible! —dijo el mayor—. Pero no lo es, por supuesto. Nosotros somos militares. Vamos siempre a donde nos apetece.

—¡Eso, eso! —gritaron los otros oficiales vaciando precipitadamente sus copas.

—Y de todas maneras —dijo el mayor—, si hay algo en Tsuris que puede enviar a una nave a millones de kilómetros fuera de su ruta, esa fuerza sería de considerable importancia para nosotros. Necesitamos saber cómo funciona, y averiguar si los tsurisinos o quienes sean que estén ahí abajo, tienen intención de utilizarla en contra nuestra.

—Si es así —señaló el coronel de cabello blanco—, tenemos que convertirlos en mierda antes de que esos tsuri-

sinos tengan oportunidad de acabar con nosotros.

—Quizá sería más seguro —dijo un capitán de las fuerzas de choque— hacerlo aunque ellos no tengan malas intenciones.

—¡Eso, eso! —canturrearon los demás oficiales. Todos se volvieron a mirar a Bill, esperando que éste dijera algo. Bill trató de parecer inteligente aunque se sentía muy confuso.

—¿No han intentado enviar una nave exploradora al planeta? De esa forma podrían mirar el entorno y todo eso.

El mayor ocultó su repulsión tras una sonrisa falsa.

—Muchas veces, mi querido soldado —dijo—. Como puedes imaginarte, nunca volvieron y jamás enviaron informes.

—Eso me huele a chamusquina —barboteó Bill, totalmente alcoholizado. Luego fue presa de sanguinarias ambiciones—. ¿Y por que no nos limitamos a quedarnos aquí y enviarles torpedos atómicos hasta que uno dé en el blanco? ¡Reventarlos! ¡Destruirlos!

—Ya hemos pensado en eso nosotros mismos —dijo el mayor—. Pero va en contra del reglamento de la guerra; eso es lo que dicen los periódicos comunistas izquierdistas, y a nuestros candidatos de tierno corazón que se presentan a las próximas elecciones, no les gustaría. Quieren que todo sea legal. Declaración de guerra y todos esos desatinos. En cuanto no los hayan elegido, podremos volver a hacer lo que nos salga de las narices, pero por el momento tenemos las manos atadas, nuestros misiles en los silos, y nuestras narices en los vasos para ahogar nuestras penas.

—Bueno... —pensó Bill durante un rato—. ¿Y por qué no les declaramos la guerra?

Los oficiales se miraron unos a otros, asintiendo.

—Tienes un buen instinto, soldado. Sin embargo, no podemos hacerlo hasta pasadas las elecciones. Entonces podremos bombardear a esos maricones hasta la próxima

dimensión. Pero hasta que eso ocurra, tenemos que dar una cierta apariencia de legalidad. El problema radica en que no podemos encontrar a nadie con quien hablar en Tsuris. De hecho, no estamos completamente seguros de que haya alguien allí.

—Así que la respuesta es simple —dijo el coronel—. Estoy seguro de que usted ya la ha pensado. Si podemos hacer aterrizar una nave exploradora de control remoto en el planeta, a bordo de la cual vaya alguien con un mensaje, al menos podremos hacer hablar a los tsurisinos. Luego podremos plantear exigencias que ellos tengan que rechazar, y tendremos una oportunidad para alegar «irreparable insulto que exige untuosas disculpas» como causa de la guerra.

—A menos que los tsurisinos puedan disculparse de forma suficientemente oleosa como para evitar la invasión —dijo el coronel.

—La velocidad lo es todo en los asuntos de la guerra moderna —señaló el mayor—. ¿Qué piensas, Bill?

—A mí me parece un buen plan —dijo Bill—. Ahora, si ustedes pudieran decirme dónde está la sección médica...

—Ahora no hay tiempo para eso, soldado —dijo el mayor—. Queremos felicitarte, y explicarte luego cómo funciona tu nave de control remoto.

—Esperen un momento —dijo Bill—. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Tu, querido compañero —dijo el mayor—, al atravesar esta puerta te has presentado voluntario para ir a Tsuris en la nave de control remoto.

—¡Pero yo no lo sabía! ¡La computadora me dijo que viniera aquí!

—Eso es. La computadora te presentó voluntario.

—¿Puede hacerlo?

El mayor se rascó la cabeza.

—No lo sé, realmente. ¿Por qué no se lo preguntas?

El mayor rió entre dientes cuando Bill, mareado, trató de ponerse en pie de un salto y sintió los grilletes automáticos que se cerraban en torno a sus tobillos.